

Capítulo 1

Letargo

Respira... Sentí como dos mundos dentro de mí se observaron, se tocaron y se unieron, formando un único y perfecto universo. Un único y perfecto ser. Juntos, ellos respiraron, y respiran.

La extraña sensación que sentí desapareció una vez logré abrir los ojos. No sabía dónde me encontraba. Sentí como si me desvaneciera en un oscuro abismo, sin poder tocar el fondo. Al principio pensé en mí como en un espectro. O un fantasma tal vez, lleno de cadenas que arden dentro de mí, atándome al mundo de los vivos. Una vista a mis alrededores me demostró que estaba equivocado. Este no era un mundo. ¿Me encontraba en el eje de la razón y la locura? Un pensamiento muy poético para una situación que debería ser desesperada. Pero de ser así, no estaba solo en aquel lugar olvidado. Aunque una densa niebla lo cubría todo, logré observar el contorno de un ser en movimiento. Un ser de forma humanoide, hecho del mismo humo que el ambiente, pasó por mi lado sin siquiera mirarme, y entre nieblas y sombras desapareció. Pensé un momento si seguirlo o no, pero antes de decidirme, otros seres fantasmales pasaron también. Algunos eran un poco más parecidos a un humano que el anterior. Y así, siguieron viniendo fantasmas de

diversas formas y rostros. Otros eran más completos, vestidos con elegantes ropajes. Otros parecían humanos, a falta de rostros o miembros. Y unos cuantos ni forma tenían, pero al final, todos poco a poco se formaban, hasta parecer hombres y mujeres de la alta sociedad, o como si fueran miembros de una religión. Después de observarlos un tiempo, me di cuenta de que todos se dirigían al mismo punto perdido en la niebla, y al igual que el primer espectro, desaparecían. Todos pasaban por mi lado, sin inmutarse ante mi presencia. No parecía que existiera entre la multitud. ¿Estaba muerto? Era una posibilidad a considerar, aunque no mi primera opción. Pese a que poco o nada sepa de ella, la muerte siempre fue algo que imaginé... diferente.

Me senté en el suelo, tocando con las manos una textura rocosa y me sumí en mis pensamientos, sintiendo cómo aquellos seres pasaban a mi lado, como sombras de un recuerdo pasado. Y fue entonces cuando me di cuenta, abriendo los ojos a una realidad superior. ¿Sabía yo de mi existencia? Después de un breve shock me calmé y hasta esbocé una sonrisa. Mi situación no era la misma historia de siempre, en donde alguien despierta sin saber quién es o dónde se encuentra. De hecho, mi historia es lo contrario del típico cuento para entretener. En mi mente, soy varias personas, de distintos rostros y nombres. Cuatro o cinco, tal vez. Y tal sobrecarga de información no me dejaba pensar. Ciertamente que no tengo conocimiento de cómo me llamo, pues tengo vagas ideas de un nombre, pero eso no significa que no sepa quién soy. En cuanto a cómo llegué a este lugar, una de mis vidas sugiere una dolorosa muerte por la espada, pero otras sencillamente ocurren conmigo durmiendo y despertando en este lugar. La memoria me fallaba en ese momento y no me daba mucha información, así que dejé de pensar en cómo llegué y me centré en cómo salir. De momento, todo esto podría ser un sueño muy vívido. Un oscuro sueño. Con suma lentitud, me levanté del lugar en el que había estado sentado, cerré los ojos, y respiré una vez más. Sí, me encontraba vivo, hecho de carne y hueso,

y el aire que recorrió mis pulmones me lo recordó. Este mundo o sueño no era al que yo pertenecía. Saldría de aquí.

Caminé como un ciego en la niebla, pues no podía hacer nada más que seguir a estos seres al punto perdido al que se dirigían, sin saber dirección ni otra referencia. Se movían más rápidos que yo, debido a que no podía ver más allá del alcance de mi brazo, y tenía que caminar lento pero seguro, con las manos tanteando el aire y los ojos entrecerrados. Por momentos perdía a los seres de niebla, pues algunos se desvanecían como el aire y a otros no los lograba alcanzar. Pero al final, siempre volvían a aparecer otros nobles espectros. Por pura curiosidad, quise sentir el contacto físico con uno de ellos. Tuve que correr un poco, pero una vez que conseguí tocar a uno en lo que parecía un hombro, le traspasé, como si su piel fuera aire puro. Este me miró, aunque carecía de rostro; ni siquiera las cavidades para sus ojos. Pero aun así, sabía que me miraba con firmeza, penetrando hasta mi alma. Retrocedí un par de pasos y el espectro giró su deformada cabeza y se desvaneció. Sonreí, pues me había observado, por lo que no era invisible para él, y tal vez para ninguno de ellos. No sé cuánto caminé. A mi parecer, había cruzado varios mundos con tan sólo un par de pies. Entre la niebla vagué con los espíritus, pero sin saber a qué confines del universo me llevarían. Caminando más solo que acompañado, seguí pensando en la sobrecarga de recuerdos dentro de mi mente. Dos nombres para mi persona llegaron al fin, después de tanto excavar en el pozo de los recuerdos. Un hombre maduro, de oscuro sombrero y con negras vestimentas de cuero curtido. Tal parece que en su memoria terminaba muerto por una espada que, con una mortífera estocada, atravesaba su pecho, y luego despertaba en mi lugar. Su nombre (o así lo creí) era William Blackthorn. El otro hombre dormía con gran pesadez en una cama hecha de hierro, lleno de cadenas por todo el cuerpo, y despertaba en mi lugar. Este hombre joven, de cabello largo y rubio, era conocido en mi mente como Von Jackelmeir, si es así que se escribía. El joven personaje se encontraba

enfermo, o desnutrido, pues su cuerpo no era más que un conjunto de huesos y piel cosida a unos restos de humano, muy parecidos a un cadáver. Con la información que tuve de mi memoria, me quedé esperando a ver si otro personaje aparecía. Estaba a punto de desistir, cuando de repente, un último nombre me vino a la cabeza: Cyrano. Pero nada más conocía de este personaje. Solo podía observar en lagunas de mi mente una silueta en movimiento, como si escapara de algo, de otra figura oscura. Era como si escapara de sí mismo. Y resultaba curioso que fuese el único que no despertaba en mi lugar. Tan sólo huía de algo desconocido. Interesante el ejercicio de memoria, pero no daba las respuestas que necesitaba, así que le di cierre. Después de atrapar una serie de pensamientos y de desechar la mayoría, llegué a una conclusión, que parecía la más razonable. Primero, que mi nombre era William Blackthorn o Von Jackelmeir, descartando al tercer personaje ante la falta de información que poseía sobre este. Segundo, no me encontraba fallecido, a pesar de los últimos recuerdos que tuvo William, pues no había herida alguna en mi pecho. (Este mundo de sueños, lleno de fantasmas, podría significar un estado de delirio por aquella estocada mortal, o sencillamente por el mal sueño que la cama de hierro le proporcionaba a Jackelmeir.) Teniendo más clara la situación, sonreí y retomé mi camino. Dejé de sonreír casi de inmediato, cuando me pregunté lo siguiente: viendo el estado de estas personas, ¿en verdad quería despertar? Sin querer pensar en una respuesta, proseguí, guardando en lo más profundo de mi mente una carta bajo la manga, de nombre Cyrano.

Después de tanto caminar, me di cuenta de que la niebla se despejaba muy poco a poco. El suelo que antes era una fría piedra de montaña se había transformado en la piedra gris que tenían las grandes ciudades del mundo, sin yo haberme dado cuenta de ello, incluso habiendo sentido el suelo bajo mis pies durante todo este tiempo. El corazón empezaba a ganar velocidad y a latir más rápido, mientras con atónitos ojos observaba a mis alrededores. Sólo

quedaban unos leves rastros de aquella niebla que antes todo lo cubría, y que ahora dejaba ver una majestuosa catedral. Edificios dorados y gigantes rodeaban la catedral y se podían observar a lo lejos calles espaciosas que dejaban pasar decenas de carruajes, la mayoría de colores púrpuras o dorados. La gente conversaba entre sí (como si no existiesen los seres de niebla), en los parques y a los costados de las fuentes. No quedaba rastro alguno de lo que antes era. Después de tomarme un tiempo para asombrarme, cerré los ojos por un segundo. Al abrirlos, la maravillosa ciudad seguía en su lugar. No entendía bien lo que sucedía, por lo que fui a sentarme en el banco de un parque. Desde ahí pude observar la plaza, donde los niños jugaban, los amantes se tomaban de la mano, y otros se sentaban a leer libros en bancos parecidos al mío. Me tomé varios minutos para reflexionar. ¿Adónde se había ido la niebla y los extraños seres hechos de aire puro? Mi mente era ahora un vórtice de caos, llena de pensamientos sobre estos recuerdos de la vida de otras personas. Parecía que cada vez que pensaba en ello, un insostenible dolor de cabeza, repentino y agudo, se encargaba de bloquear mis pensamientos. Con desesperación, me agarré con fuerza la cabeza usando ambas manos. En eso, sentí un par de toques ligeros en el hombro derecho. Volteé con rapidez, con cara temblorosa, a observar qué era lo que me perturbaba de forma física. Un hombre de cabellos plateados y ojos rojizos cargaba un libro en su mano derecha, titulado *La Delgada línea de la Ilusión y su Realidad*, mientras que la izquierda la tenía posada aún sobre mi hombro.

— Disculpe usted, suelo leer en este banco que da a la plaza. ¿Le importaría dejarme el asiento? Le estaría muy agradecido.

No contesté, pues no era eso lo que me importaba. Tan solo me levanté y me fui de aquel banco, sin decir nada. El hombre se me quedó mirando un rato como si me conociera, extrañado por mi comportamiento, hasta que se aburría, se sentó y se perdió en las páginas de su libro, que debía ser interesante por su curioso título.